

Por fin, la vida ofrecía á su desolacion eterna algun encanto, y sonreía al pensar que también él, el gaucho canalla iba á poder vengarse del orgulloso señor arrebatándole la preda más querida y que más estimaba—el corazón de Dolores!

Esta, por su parte pasado el primor momento de entusiasmo recapacitaba sobre su diálogo con Santos Vega.

Habría cometido una imprudencia de la que se arrepentiría más tarde, al haberse dejado llevar de los impulsos de su corazón.

Santos Vega, la amaba con pasión y con delirio: sobre esto no había la menor duda. Pero allí estaba su marido que en su ciega confianza le pedía en el lenguaje misterioso de la conciencia, estrecha cuenta de su corazón rendido á los pies del payador.

Habría cometido una imprudencia que ya no tenía remedio, pero de la que tampoco se arrepentía.

La historia de sus amores con don Ramon era una historia fría, en la que solo había jugado la razón de las mútuas conveniencias.

El corazón permanecía intacto, porque no lo habían sabido conmover, y el primer hombre que supo tocarlo con una palabra apasionada, lo había rendido sin luchar.

Y para disimular la turbación que experimentaba, siguió mintiendo con raro aplomo

—Es triste la historia de este pobre hombre, dijo á su esposo. La desgracia lo ha perseguido por todas partes sin darle un momento de tregua. Y si no hubiera sido por mi empeño con los alcaldes, no lo hubieramos tenido aquí, porque entre él y la justicia hay un abismo de sangre y una historia de luto.

—No te dejes impresionar por eso, dijo don Ramon, estos diablos exageran las cosas para inspirar más lástima y pasarlo mejor.

—Pues ya saben fingir bien, replicó doña Dolores. En fin, el resultado es que este diablo me ha entrenido con su cuento y sus dicharachos, porque pintaba las cosas lo mismo que si hubiesen pasado.

Y para que don Ramon no fuera á notar la agitación que sentía, se mezcló á los demás invitados que bailaban con envidiable alegría.

Don Ramon no había notado nada.

No tenía por qué abrigar la menor desconfianza en Dolores y el disimulo de ésta había sido asombroso.

Así es que siguió obsequiando á sus invitados y tratando de que el baile se prolongara lo más que fue posible, pues su solo intento al preparar aquella fiesta no era otro que distraer á Dolores y propocionarle todas aquellas alegrías, que estuviesen al alcance de su mano.

El cánsancio era general aquella noche. El día había sido agitado, habían madrugado despues de una mala noche y el sueño empezaba á vencerlos.

Un fuerte dolor de cabeza que dijo doña Dolores la había acometido, hizo que el baile terminara con gran desagrado del paisanaje, naturalezas incansables para las diversiones de aquel género.